

DEBATE

Tras el 9 de Noviembre: Igualdad ciudadana e identidad nacional en el debate catalán

José Ignacio González Faus, Jaume Botey y Josep M^a Jaumà.

Pensadores y escritores comprometidos con su realidad. Cataluña

En el número anterior publicamos un debate epistolar entre Demetrio Velasco y Teresa Forcadell sobre los nacionalismos. Allí anunciábamos que se podría continuar este debate con otros textos en los que afrontasen problemas más concretos y actuales. En torno al proyecto de referéndum y a la movilización ciudadana creciente en Cataluña, se han desarrollado muchos debates. Nosotros recogemos aquí tres textos ya publicados en los blogs de *Religión Digital* y *Cristianisme i Justícia*, al que Jaume Botey añade una última y más recoiente reflexión.

I

Tras la Diada. José Ignacio González Faus.

[*Religión Digital*, 18.09.14]

Este año cumpliré los 81. Con dos o tres que pueden quedarme de vida, creo estar indiferente ante cualquier futuro que pueda tener Cataluña. Si no pensara que hablo desde ese presupuesto, no hablaría.

1. Un hecho elemental puede servir de punto de partida: hay en Cataluña **cientos de miles (quizás millones) de sensibilidades heridas**. Una sensibilidad herida no se arregla con apelaciones moralizadoras a bellas palabras. Prescindiendo de cómo se interprete, ese hecho terco y patente constituye un problema que obliga a Rajoy a despertar de su sueño: porque cuando un gobernante decide no abordar un problema serio, es un pésimo gobernante aunque se parapete tras las leyes. Más aún si ese mismo gobernante, ante otro hecho amenazador, busca cambiar las leyes para que gobierne no quien ha conseguido mayoría absoluta, sino la minoría más grande.

Viendo actuar a Rajoy me pregunto a veces: ¿miente o es que no se entera? Hoy creo que don Mariano miente. No por falta de honradez, sino porque es rehén de toda la extrema derecha de su partido: ese complejo de lepenistas, franquistas, falangistas o blaspiñares que puede representar en torno al 15 % del electorado español. Rajoy sabe que si el PP intenta ser una derecha civilizada ante realidades complejas, perderá el apoyo de esa ultraderecha de evidencias simplistas y no podrá ganar unas elecciones: pues ya no superará un 20 % del electorado. Por algo Aznar aventaba aquel eslogan: "estamos girando al centro" que, como es natural, nunca cuajó.

El porvenir del PP está en manos de esa extrema derecha, que tiene cogido a Rajoy por los mismísimos (por los mismísimos votos, quiero decir). Por eso miente, aunque mienta sin querer. Y por eso dije antaño que, si un día Cataluña es independiente, en las estatuas de

"padres de la patria" ante el Palau del Govern, junto a los Casanovas, Cambós, Companys y demás que se quiera poner, no debería faltar una estatua de don Mariano Rajoy, verdadero padre de la independencia catalana.

2. Pero la cosa no termina aquí. Punto de partida de estas reflexiones quería ser un hecho primario e innegable: cientos de miles de sensibilidades heridas en Cataluña. Pero causa de esas heridas no ha sido sólo el PP. **Tanto TV3 como Catalunya Radio se han dedicado a exacerbarlas**, con una unilateralidad digna de aquel Urdaci de los tiempos de Aznar: reduciendo unilateralmente los informativos, negando presencia y voz a catalanes y catalanistas serios y razonables, capaces de dialogar con argumentos, y contando con que, entre oír noticias en castellano o en catalán, el ciudadano de aquí se decantaría lógicamente por lo segundo.

¡Hasta he visto en los cines un anuncio de la Generalitat que decía "Celebremos el 1714"! Yo no soy historiador y no sé decidir; pero muchos sostienen que en 1714 no hubo una lucha de Cataluña contra España, sino una lucha entre dos Españas: la austríaca y la borbónica donde, desgraciadamente, fue derrotada la primera, que era dominante en Cataluña. Esta otra visión de los hechos no es considerada en medios oficiales de comunicación catalanes donde, si acaso se escuchan voces discordantes, son sólo las de fanáticos impresentables que acaban hiriendo otra vez las sensibilidades y dejando a los oyentes convencidos de cuánta razón tienen y qué despreciables son los que no opinan como ellos.

Lo ocurrido con Raimon resulta significativo: cuando el cantante se manifestó tranquilamente contrario a la independencia alegando sus razones, pasó de ser símbolo del "poble que no vol morir" a traidor a la patria que no merece ni ser escuchado. Raimon volvió al silencio con la dignidad que siempre le caracterizó. Pero véase la columna de Puigverd en *La Vanguardia* (12.05): "¡no toquen a Raimon!".

En este inflamar las heridas interesadamente hay una culpa de los gobiernos de CiU. Si antes critiqué a Rajoy, ahora convendría agradecerle que tanto TV1 como RNE hayan estado, en esta segunda etapa del PP, mucho más dignas y correctas que en la primera; y, en el tema Cataluña-España, mucho más serenas y neutrales que TV3 y CR.

Las sensibilidades heridas me parecen algo sumamente respetable. Pero no hay acceso a ellas a través de razones o principios morales, sino sólo a través de empatía. Si intentas ver qué puede haber de verdad o de razón en el otro lado (lo que sería el principio de todo diálogo) entonces eres simplemente "la puta y la ramoneta".

Lo de la puta viene bien ahora, porque sirve para designar un tipo de palabras (suelo llamarlas "palabras-puta") que, sólo con pronunciarlas, crean en el entorno una sensación de incomodidad, desazón y rechazo. Entre esas palabras funciona hoy en Cataluña el vocablo Madrid (supongo que en otros lugares del estado funcionará así la palabra Cataluña). Madrid ya no es un término polisémico que, además de designar a la capital del reino (simplemente porque está geográficamente en el centro), señala una serie de entidades,

factores culturales y personas de lo más variopinto: con extremas derechas y extremas izquierdas, médicos admirables, gente muy amiga de los catalanes (y a la que algo debe Cataluña) y gente que no puede verlos...

Madrid ha pasado a ser casi sinónimo de Satanás. Antaño critiqué el falso lamento de "Madrid nos quitó el Estatuto" porque, de hecho, Madrid aprobó el Estatuto catalán: quien lo rechazó fue un poder judicial que también ha echado por tierra aspiraciones de otras comunidades. Esa distinción elemental ya no vale. (Como tampoco valdría ahora la cuestión de si el Estatuto era realmente inconstitucional, como sostienen algunos juristas, y fue deliberadamente más allá de lo posible, contando con que quizás pasaría para evitar líos. Y, si no pasaba, sería un arma excelente para herir todavía más las sensibilidades. Ese rumor existe y siento no poder aclararlo).

Las sensibilidades exacerbadas, hieren a su vez las sensibilidades del lado opuesto, acabando en esa estéril pugna de quién empezó. Creo que ahí estamos hoy. Los "posicionados" de ambos lados que lean estas líneas me aplaudirán cuando critico al otro, pero dirán que no entiendo nada cuando les critico a ellos. Por eso me parecen inútiles las apelaciones al diálogo: hoy por hoy, el único diálogo que cabe en este problema y en este país son monólogos que gritan, tratando sólo de que triunfe su versión. Pero diálogo significa precisamente "dejarse atravesar por la razón del otro" (*dia-logos*, para quien tenga alguna noción de griego).

Quizás, antes de iniciar un diálogo y para que no resulte estéril, todos los participantes deberían ver varias ve-

ces la película *Rashomon*, de A. Kurosawa. Allí podríamos aprender que lo que nos ocurre a nosotros no es exclusivo nuestro, sino un rasgo humano universal, tan presente en la España del s. XXI como en el Japón del s. XII.

Pero ni esto sería suficiente, por otra razón: si Rajoy me parece rehén de la extrema derecha, ahora debo añadir, resumiendo lo dicho en esta segunda parte, que Mas parece rehén de ERC. Y ambos con cierto síndrome de Estocolmo. Algunos han escrito sobre un Artur Mas consciente del callejón sin salida en que está metido y que en público ha de decir siempre lo que agrade a ERC (pues mañana mismo podría echarlo del gobierno), mientras en privado busca apoyos para encontrar una salida. Al lector que conozca la exitosa novela de Dolores Redondo (*Legado en los huesos*) podría decirle que tanto la extrema derecha franquista como ERC se parecen a aquel doctor Berasategui que, sin cometer ningún crimen, era inductor tácito de todos los que aparecen en la novela.

3. ERC mantiene una coherencia admirable y tenaz: prefieren incluso una independencia con hambre que pan sin independencia. Pero, como esto no pueden decirlo al electorado, han sido maestros en el arte de enconar sensibilidades. Sin apenas aparecer hicieron caer a los que se unían a ellos, como ahora hacen tambalearse a CiU, sin comprometerse en nada. Sus únicos errores aparecen cuando se comprometen en algo. Por ejemplo:

– Cuando Junqueras apeló a la desobediencia civil y a Luther King, debía saber perfectamente (porque es

hombre culto) que desobediencia civil es el rechazo a un elemento del sistema, como contrario a la totalidad de ese sistema que el desobediente acepta. Nada de esto tiene que ver con el caso Cataluña y Junqueras debe saberlo. Pero la expresión desobediencia civil suena tan noble y ética que resultaba aptísima para enconar sensibilidades.

– También considero error grave equiparar el derecho a votar con el derecho a la vida: porque éste es mucho más primario; porque incluso ese derecho no lo consideran como absoluto muchas legislaciones civiles (caso del aborto) y, sobre todo, porque si tan decisivo es ese derecho a votar, Esquerra debió sacar las urnas a la calle mucho antes: cuando CiU preparó aquella serie de medidas crueles y anticidadanas, disfrazadas como “recortes” y de las que, por ejemplo, muchos trabajadores de la medicina pública en Cataluña, podrían contar horrores. Miles de catalanes habrían votado con ganas aquellos días. ¿Por qué no se les facilitó si somos tan democráticos y nos profesamos de izquierdas? ¿Fue porque las sensibilidades heridas podrían haber cambiado de dirección?...

– Finalmente la pregunta de la famosa consulta es tan manipuladora como para resultar antidemocrática. Yo aspiro a que un día pueda haber en Cataluña no ya una consulta sino un auténtico referéndum bien dialogado, preparado y concretado. Pero no con preguntas del tipo de “¿quiere usted jamón?, ¿prefiere usted jamón o embutido?”. En un ambiente de sensibilidades heridas, casi todos dirán sí a esas preguntas. En una sociedad de mercado, como nos dicen ser la nuestra, la primera reacción

del ciudadano será preguntar: ¿a qué precio? Con esto llegamos al último punto de estas reflexiones.

4. Hace pocos días, en medio de esas oscilaciones que le caracterizan, Artur Mas lanzó, por fin, **la pregunta más primaria y elemental de toda esta historia**: ¿de qué servirá una Cataluña independiente si no es reconocida por los demás países? Era quizás un globo-sonda que no fue recogido por los medios. Sin embargo, tan evidente como nuestro punto de partida (las sensibilidades heridas), es que una Cataluña independizada a la fuerza e ilegalmente establecida, de entrada no será reconocida por nadie. ¿Por qué entonces la obsesión de ERC por sacar las urnas y votar el 9N, contra viento y marea, ciscándose en dictámenes del Constitucional o de quien sea? Aquí es donde nace el miedo que me ha movido a escribir estas líneas:

En una situación así, con gente ciegamente decidida a sacar urnas y votar, y con las fuerzas del orden obligadas a impedirlo, es bastante probable que hubiera algún muerto. Déjeseme decir que éste sería el mayor trofeo para

ERC. Saben que el 9N no puede haber referéndum: pero saben que si ese día hubiera algunos muertos en la calle, resultaría una desautorización absoluta del gobierno español a nivel internacional y una coacción ineludible a realizar el referéndum. Que, en un contexto de sensibilidades heridas, y ahora más por las muertes, supondría el triunfo de la independencia.

Temo que esto no se arregle suspendiendo la consulta y convocando elecciones anticipadas: pues veo muy probable que esas elecciones las gane ERC, vampirizando, otra vez, al compañero y dejando a Mas en situación de decir: "he aquí la esclava de ERC, hágase en mí según tu palabra"...

Preferiría ser Casandra que Maquiavelo. Pero parece imposible que eso no se haya pensado alguna vez. Y, si de veras no lo han pensado, una vez dicho ya no cabe eludir la responsabilidad: el 9N (o unos meses después) podría haber muertos...

Que una cosa son las manifestaciones festivas y alegres, que no arreglan nada pero en las que se está muy bien, y otra muy distinta es cómo encajar todo eso en esta dura e inflamada realidad.

II

Carta a González Faus sobre Catalunya y el procés. Jaime Botey.

[*Blog de Cristianisme i Justícia*, 2.10.2014]

Muy querido Chalo, amigo y maestro:

Ya te dije que a través de un amigo común recibí tu escrito "*Tras la diada*" y te dije también que, viniendo de ti, me quedé con deseos de escribir un comentario. No sé si sabré hacerlo o encontrar las palabras adecuadas porque en este tema, como dices, palabras y sentimientos andan muy a la par. Por otra parte en esto está prácticamente todo dicho.

Comienzas tu escrito haciendo referencia a tu edad. Me alegra empezar aludiendo también a la mía porque queda claro que en nuestro largo currículum la prioridad ha sido atender el sufrimiento de las víctimas, no otros objetivos. Resaltando además que no ha sido por razones ideológicas o políticas sino específicamente por razones evangélicas y éticas. Esto, inevitablemente, nos ha situado en el espacio de la izquierda social.

Desde esta perspectiva como punto de partida quisiera hacer algunas consideraciones muy generales.

1. Intento de regreso a la racionalidad y a la ética.

Como no puede ser de otra manera comparto tus consideraciones sobre la actual tergiversación moral de las actitudes. Éste es el núcleo central del tema y al que creo que deberíamos poner más atención. Para deshacer el nudo en el que estamos sería necesario

insistir en la vigencia de principios tan elementales como la perversidad de la mentira institucionalizada, el necesario respeto a los individuos y a los colectivos, el rechazo de cualquier expresión, forma o actitudes de menosprecio o humillación o la defensa de la libertad de expresión.

Sabemos que una parte de la exacerbación actual se debe a la controvertida sentencia de 2010 del Estatuto aprobado por las Cortes después del agotador trámite de recortes y contrapropuestas. Salió por fin un Estatuto recortado. Pero el PP impuso nuevas enmiendas para recortarlo más. Todos recordamos la imagen de un Rajoy recogiendo firmas en una demagógica campaña contra un texto del que, paradójicamente, el propio PP propuso en otras comunidades párrafos idénticos a los impugnados en Catalunya. Aquella campaña tuvo réditos electorales de partido, pero el precio ha sido el laberinto actual.

En julio de 2010, poco después de la manifestación contra la sentencia, escribí un artículo que titulé "*Jugar con fuego*", opinando que aquello había sido la expresión de un corrimiento de tierras profundo, que era un punto de inflexión, que se habían tocado sentimientos latentes desde siglos y que habían explotado con una fuerza difícil de controlar. Dos años después, a raíz de la diada del 2012, volví con otro "*Jugar con fuego-2*". Porque a lo lar-

go de aquellos dos años, constatamos una incomprensible actitud de los dos partidos mayoritarios que, en lugar de pacificar, hicieron una aplicación todavía más restrictiva del texto recortado. Baste citar el incumplimiento de lo pactado con la deuda o los recursos contra el uso del catalán. Era una grave irresponsabilidad histórica. **En Catalunya se alimentaba el sentimiento de vejación y en el conjunto de España se atizaba el anticatalanismo con el estereotipo de la Catalunya insolidaria.** Por otra parte, mientras la prensa propagaba calumnias sobre la persecución del castellano en Catalunya, la izquierda callaba. La misma izquierda que admira el resurgir de las identidades mayas o quechuas, considera trasnochados y de derechas nuestros nacionalismos históricos, y calla ante el resurgimiento del nacionalismo españolista.

El PP, y quienes le acompañan, han jugado con fuego. No es propio de gobernantes menospreciar de manera tan ostensible y continua los sentimientos de un colectivo significativo de sus gobernados. Era previsible el efecto boomerang. Por razones éticas y políticas el PP debe rectificar. Pero lo tiene muy difícil porque durante años ha sembrado veneno e incomprensión, que a su vez ha servido de pretexto para que desde aquí se atizara también el fuego. Han conseguido lo que el franquismo no consiguió en décadas: la opción independentista se ha abierto paso por primera vez en el espacio central de la política catalana.

En este juego de provocaciones y despropósitos hay que atribuir una grave responsabilidad a la jerarquía cató-

lica. Al final del franquismo y durante la transición ésta cumplió la función de integración en un sentido general del término. Pero se acabó pronto. Desde entonces los aires en la CEE son los mismos del PP: baste recordar los continuos insultos de la COPE contra Catalunya, el descubrimiento de "la unidad de España como un bien moral", la presencia de los obispos en las manifestaciones "por la unidad de España" o haber asumido como propio uno de los eslóganes más perversos del PP de *no comprar productos catalanes con ocasión de la visita del papa*.

Quienes durante años hemos trabajado bajo la lógica del diálogo hemos fracasado. De golpe nos vimos superados por la lógica de la confrontación.

En Catalunya han sido las familias, las entidades y una sociedad civil organizada y amable que con las reiteradas manifestaciones han dicho un "¡Ya basta!" de mucho calado, probablemente irreversible y como punto de no retorno. El proverbial sentido pactista del catalanismo político desde el siglo XIX llegó hasta aquí. Cerraron la puerta. Nadie puede decir que no se ha intentado. Es cierto que esto habrá permitido a CiU establecer una cortina de humo para ocultar los desastrosos efectos sociales de su política económica neoliberal, incluso de la corrupción. Pero se equivocan quienes leen lo ocurrido en estos años con el tema identitario como algo pasajero. El clamor viene de muy adentro.

Y en este contexto surge el derecho a la libertad de expresión como un elemental principio ético. Ciertamente no quiero vivir en un país que manipule los

medios de comunicación o que estigmatice a Raimon, pero tampoco en uno que impida una consulta.

2. El sentimiento de identidad es eso, un sentimiento.

La vivencia de la propia identidad como algo importante es cuestión de sentimiento, se puede vivir o no, pero no es posible "explicar" o razonar porqué. Como la fe, se tiene o no se tiene, ahí la "razón" tiene poco que decir. **Las grandes opciones no son "demostrables" ni "rebatibles", ni hay posible juicio acerca de la vivencia del otro.** Por eso el tan reiterado y verdadero "no nos entienden", porque depende de sentimientos y de su nivel de intensidad.

La gestión de los sentimientos, tanto individuales como colectivos, por la importancia que tienen en la vida personal y social, requiere mucha delicadeza. Por desgracia históricamente la izquierda a la que pertenecemos lo ha hecho muy mal y dejó este campo libre para la derecha. Una interpretación exclusivamente racional y economicista de la sociedad nunca consideró que también los sentimientos pudieran ser motor de transformación y, en concreto, que tanto el "hecho nacional" o la "conciencia de identidad", como la fe, pudieran suponer una fuerza de transformación hacia una sociedad más justa y libre. Se alimentaron falsos dilemas, como la incompatibilidad entre sentimiento de identidad y sentimiento de clase atribuyendo el sentimiento de identidad sólo a la burguesía o la oposición entre internacionalismo y sentimiento de arraigo e identidad con lo local como si fueran contradictorios.

La reiterada identificación de nuestros amigos de izquierda entre nacionalismo y burguesía es de una simplicidad exasperante, que además contradice la historia. **Hay nacionalismos excluyentes y fanáticos como hay socialismos excluyentes y fanáticos, pero también hay procesos identitarios liberadores (como los de los colectivos indígenas de América Latina), así como hay socialismos liberadores.**

Este debate, tan ideologizado, corre el riesgo de manipular la vida de los movimientos de emancipación, de situarlos cómodamente en unas categorías políticas preestablecidas y construir fáciles estereotipos acerca de personas o colectivos. Pero la realidad es muy compleja y ni en la defensa de la lengua todo es burguesía ni todo movimiento social transformador puede reducirse a expresión de clase.

3. Desde la historia y la antropología.

Ciertamente los sentimientos de identidad acostumbran a tener su origen en experiencias traumáticas. Con ello se corre el riesgo de forzar interpretaciones históricas y la creación de mitos. También esto ocurre en Catalunya a raíz del 1714. Efectivamente la caída de Barcelona fue el punto final de una guerra europea. Pero la vejación de Catalunya no fueron tanto los muertos o la venganza inmediatamente posterior, sino el modelo centralista que se impuso con el *Decreto de Nueva Planta de 1716*, que hizo desaparecer de un plumazo las instituciones históricas de la corona de Aragón: Generalitat, Parlament, derecho catalán, cultura, universidad, prohibición de la lengua, ordenación del territorio.

Sin embargo a lo largo del XIX, de aquellas cenizas surgió lentamente un catalanismo popular de base que se expresaba en formas muy precarias y próximas al asociacionismo obrero. Era la expresión de que aquello que había sido prohibido no quería morir. La antropología y la psicología colectiva deberían ayudarnos a entender porqué ocurrió... Pero no es posible entender el alma del nacionalismo catalán de hoy sin tener presente aquel fenómeno.

Fenómeno que hoy continúa en una densa red de miles de entidades, que se puede "describir" desde la sociología o la antropología, pero no "explicar" desde la razón. Se trata de un movimiento muy vivo en torno al folclore y la cultura popular, de excursionismo y escultismo, corales y orfeones, grupos sardanistas, *grallers*, *castellers*, gigantes, del movimiento ateneísta y de centros de estudio, los grupos de defensa del territorio, de movimientos de renovación pedagógica, de fenómenos como el de la "*nova cançó*", de artistas, de científicos, de parroquias y acción social. Movimiento capilar, interclasista e intercultural, netamente catalanista, pero que mantiene una vida autónoma respecto de los partidos y que vive al margen de los cenáculos políticos donde se habla de nacionalismo.

Este enorme patrimonio popular ha sido el potencial del pueblo catalán en su combate para mantener la identidad a lo largo de los siglos XIX y XX. Dio cohesión a la lucha antifranquista y hoy tiene conciencia de que si el franquismo no lo pudo disolver o descomponer tampoco lo conseguirán ahora. Muchas de las consideraciones sobre lo que hoy

pasa en Catalunya, tanto de la derecha centralista como de la izquierda, no tienen presente esta riqueza, viven de una visión super-estructural de la realidad, a partir de análisis económicos o de estrategia política, de la lectura de los programas de los partidos o de consideraciones acerca de resultados electorales.

4. La dinámica popular, fuera del control de los partidos.

El verdadero protagonista de lo que ocurre es la fuerza social. Se trata de una dinámica que, como otros movimientos de masas recientes de carácter político, como *Procés Constituent*, *Guanyem* o *Podemos*, son fruto de la indignación, representan una oportunidad de ruptura con el agotado régimen de 1978 y están fuera del control de los partidos.

Mas supo captar el cambio de humor de la opinión pública y se puso al frente, como todo político que se precia debe hacer. Como ha hecho ERC, que además sabe que el viento le sopla a favor. Ambos son rehenes de la calle. Mas no es rehén de ERC. Si escogió y sigue escogiendo a ERC, es fruto de una opción. Al PSC se le ha ofrecido y lo ha rechazado.

Previsiblemente la tensión aumente y nos encontremos ante un escenario de ruptura. La vía del acuerdo se intentó con el estatuto y, ante el fracaso, el resultado ha sido la petición de separación. **Para acertar en el camino del diálogo será necesaria una ingente labor pedagógica y escuchar más la voz de la gente que las declaraciones de los partidos.**

III

Comentario a la carta de Jaume Botey. Josep M. Jaumà*[Blog de Cristianisme i Justícia, 16.10.2014]*

Estimado Jaume:

Permíteme que, como tú haces con Chalo, te llame también maestro y amigo; es un privilegio.

He leído tu escrito en respuesta al suyo, que también leí; y no sé si sabré decir lo que pienso sobre todo ello. (No creo que mi opinión en este tema interese a nadie, pues no pinto nada, pero es aquello de que cada individuo es sagrado).

Pienso que los dos habláis de lo mismo, pero a niveles diferentes. Él lo enfocaba –creo recordar– en el nivel práctico, político, incluso moral, porque el asunto afecta a millones de personas que están implicadas de manera concreta, material (económica, política, social...). Tú, me parece (escribo sin confirmarlo, porque ¡no lo supe imprimir!), hablas a nivel de reivindicaciones históricas, culturales, sentimentales... La cuestión central es cómo conjugar estas dos visiones. A mí, por separado, ambas me parecen igualmente justas y convincentes. Es en el momento de unir las, de encontrar un camino viable que dé salida a las justas reivindicaciones catalanas, donde creo que se ha cometido un grave error. ¿De quién? Pues de quienes han planteado y liderado este proceso. Gente inteligente y valiosa (he oído hablar de Junqueras y se nota que es un buen alcalde; conozco a Cardús, Muriel, Terricabres y sé que son bonísimos profesores; a Ernest, etcétera, incluso tú mismo), pero por lo visto la gente valiosa también se puede equivocar.

Suscribo todo lo que dices; pero si de lo que se trata es de encontrar una solución –cualquier otro propósito me parecería indecentemente frívolo–, plantearlo como se ha hecho creo que solo lleva a empeorar las cosas. El “derecho a votar y decidir la independencia” sin un acuerdo previo, ¿a dónde conduce? Porque no se trata ni del PP ni del Tribunal Constitucional; se trata de Europa. ¿Cómo puede imaginar nadie que Europa aceptará que se cree un estado nuevo fuera de la ley democrática vigente? Yo no puedo.

Me dirás: un pacto previo con el PP era imposible. De acuerdo. Pues se debía haber buscado otros caminos. ¿No dice ahora la Ley de Consultas que lo único que se pretende es conocer la opinión? Pues, ¿porqué no recurrir a los institutos de opinión con una encuesta dirigida a un millón de catalanes, por ejemplo? ¿No habría sido bastante impactante y nada conflictivo? O bien, ¿por qué no se intentó el pacto con Madrid basándose en una pregunta mucho más sutil: “¿Crees que la relación con España debe ser diferente de la actual?”. Es un camino más lento, pero más seguro. ¿También se habrían opuesto? Quizá tras las respuestas a tal encuesta del instituto de opinión no habrían tenido más remedio que aceptarlo.

Dirás que ahora, a ‘toro pasado’, es muy fácil decir estas cosas. Primero: se debía haber previsto. Y segundo: sepas que las estoy diciendo desde el comien-

zo, y que me ha costado enfrentarme a gritos a muchos amigos. Sin éxito, por cierto; se mostraban impenetrables.

Yo encuentro que, quienes lo han liderado, han enfocado el movimiento (con centenares de millares, o más, de seguidores) de cara a darse de cabeza contra un muro. El muro se llama Europa. No porque Europa [a los catalanes] nos quiera mal (como sí el PP), sino porque no se lo puede permitir. Y menos en este momento con los votos mayoritarios antieuropeos de franceses y británicos. Pero, ¡vaya!, tampoco en otro momento.

¿No es Europa nuestro gran proyecto frente al mundo? ¿Hay alguien que tenga otro? Mejor o peor gestionado (más bien peor), pero prescindir de él me parece un suicidio. Muchos de los amigos con quienes he discutido a gritos (en una comida, por la calle...) acaban diciendo que lo que pase con Europa no interesa, no es nuestro problema. Lo decía el mismo Terricabres: "Ya nos uniremos a alguna otra organización". Es una falta de visión, diría que imperdonable.

El resto de españoles han estado intoxicados durante siglos. De acuerdo. Lo atribuyo simplemente a una falta garrafal de educación social (perceptible también en muchos otros terrenos, y no

solo entre el resto de españoles). Pero la reacción que conviene a esta situación no es la de una huida adelante que -si queremos ser mínimamente lógicos- no lleva a ningún lugar.

Está claro que podría suceder un milagro. Pero un político (de la rama que sea) tiene la obligación de no esperarlo o, como mínimo, de no confiar nada. Son habas contadas.

Otra cosa sería si los catalanes estuvieran dispuestos a "ir a por todas"; a hacer este tipo de revolución cueste lo que cueste. "Patria o muerte". Francamente, una cosa es manifestarse y otra muy diferente jugarse la vida (individual y colectiva). Más allá de la retórica, no sé ve en ningún lugar semejante espíritu heroico.

Una cuestión de justicia, sí; una cuestión de sentimientos profundamente arraigados (gracias a Dios), sí. Pero también una cuestión de política práctica - y es ésta, a mi parecer, la que ha sido muy mal gestionada. Pretender dominar el toro cogiéndolo por los cuernos es solo arriesgarse a hacerlo mal; es meter la sociedad en un callejón sin salida ['cul de sac'].

Perdóname, después de leerlos a los dos necesitaba decirlo. Ya sabes que cuentas conmigo, como siempre, en todo.

IV

Continuando el diálogo. Jaume Botey Vallés.*[L'Hospitalet del Llobregat, 3 de diciembre de 2014]*

Me pide *Iglesia Viva* continuar el diálogo mantenido con José Ignacio Gaonzález Faus y Josep M. Jaumà, intentando aterrizar, como conclusión, en los últimos acontecimientos a partir de la consulta del 9N hasta el día de hoy. El texto tiene tres partes: 1. los hechos, 2. el marco en el que se producen y 3. algún comentario acerca del futuro.

1. Los hechos.

Me referiré a la consulta, a la reacción del Gobierno, a la querrela de la fiscalía y a las "hojas de ruta" de Mas y Junqueras.

Es legítimo subrayar todas las deficiencias jurídicas, procedimentales y formales del 9N, hijas –no lo olvidemos– de las suspensiones dictadas por el Constitucional. Pero la colocación de las urnas, aunque fuera para una consulta devaluada, expresaba la voluntad del Govern de jugar a fondo. Y el mismo hecho de su celebración, llevado a cabo con miles de personas que se presentaron voluntariamente a última hora, con un orden perfecto, paz, respeto, en un clima de fiesta y con la más que notable participación de 2'3 millones de personas, pone de manifiesto un sentimiento transversal, expresión de una sociedad que sabe lo que quiere, y una organización sólida, eficaz y capilar. El gobierno, creyendo que la ola soberanista iba a descarrilar o que un hecho de esta magnitud se puede gobernar prohibiendo, una vez más quedó desconcertado y en ridículo, permanente-

mente superado por las circunstancias. En sus declaraciones pasó de la burla a considerarla "la mayor deslealtad que ha habido en España desde la transición" o a establecer zafios paralelismos hitlerianos y nazis. Un gobierno pasmado reacciona insultando.

El 9N tendrá obviamente efectos políticos, pero ya ha tenido efectos culturales: un movimiento social de masas ha desobedecido pacíficamente a las máximas instituciones del estado, al gobierno y a todo un Tribunal Constitucional, garantía del cumplimiento de la ley. Para muchos fue el paso del Rubicón, la toma de conciencia de que no hay marcha atrás y de que toda conquista importante se ha hecho con la ruptura del orden vigente, desobedeciendo.

Minimizar su resultado o calificarla de "farsa" o "fracaso", como hizo el presidente de gobierno en Barcelona el pasado 29 de noviembre es de una frivolidad o provocación impropia de un gobernante, la táctica del avestruz o la evidencia de que él y su gobierno viven en la luna. O seguramente una manobra de endurecimiento para esconder su fracaso en la gestión de la crisis y la corrupción, como dique de contención de la sangría de votos del PP en el resto de España.

La querrela contra Mas ha sido un paso más en la incompetencia. Ha conseguido el efecto contrario del presumiblemente buscado: en lugar de debilitarle, le ha fortalecido. Judicializar un proceso político o el intento de convertir la voluntad pacífica de un pueblo

en cuestión delictiva, demuestra la debilidad del gobierno. A las pocas horas eran ya 40.000 los que se habían "autoinculpado". Además llegó envuelta en un clima jurídico de chapuza por el enfrentamiento entre gobierno y Fiscal General y entre éste y los nueve Fiscales de Catalunya que no apreciaban gravedad suficiente para abrir el procedimiento.

Finalmente, la presentación de las dos estrategias políticas y electorales, la de Mas y la de Junqueras, para alcanzar el mismo objetivo: la independencia. Mas, fortalecido por el éxito de la consulta y la querrela, enfatizando el momento trascendente del país y con un tono marcadamente presidencial, propone plebiscitarias y lista única formada por personas de reconocido prestigio al margen de los partidos políticos. Junqueras, enfatizando más la pluralidad listas separadas y mayores compromisos sociales. Al margen de las diferencias, lo que ambas tienen en común supone un nuevo envite al Estado, en este caso frontal y con voluntad de que sea definitivo.

El "soberanismo" ha ganado esta batalla por goleada. Pero a su vez se han puesto de manifiesto sus limitaciones. Porque a pesar del éxito, ha quedado claro que "por ahora" no tiene fuerza suficiente, no llega al 50%. Con lo cual, si no se modifican los porcentajes, tanto la propuesta de la declaración unilateral de independencia que propone ERC como las mismas plebiscitarias resultan muy problemáticas.

Más allá de la circunstancia ¿qué líneas de fondo atraviesan el movimiento?

2. Marco en el que se producen

2.1. Características del nacionalismo en Catalunya

a. Movimiento transversal

No es cierto, como tantas veces se dice dentro y fuera de Catalunya, que hoy el movimiento responda fundamentalmente a criterios identitarios o que necesariamente derive hacia formas de nacionalismo burgués. Ciertamente hoy el liderazgo del movimiento hoy está en manos de un nacionalismo socialmente conservador. El mensaje independentista ha servido a menudo a la derecha de cortina de humo para esconder recortes, privatizaciones, desahucios, votaciones a favor del TTIP, etcétera, de los que CiU es tanto o más responsable que el PP. Pero es un espacio transversal en el que la derecha convive, en confrontación, con importantes sectores procedentes de una izquierda plural y con sectores muy activos de la izquierda anticapitalista. Por ejemplo, forman parte activa del movimiento sectores independentistas y anticapitalistas como las *CUP*, el *Procés Constituent*, *Guanyem*, *Podem*, movimientos sociales varios como *Unió de Pagesos* o importantes sectores de iglesia, parroquias y comunidades populares. No hay que olvidar que el 90% de la *Asamblea del 15M* votó a favor del derecho de autodeterminación; que *CCOO* y la *UGT* han firmado acuerdos con la *Asamblea Nacional Catalana* y *Omnium Cultural* para impulsar el 'derecho a decidir'; que el 96%, de los municipios de Catalunya –911 de 946–, votaron a favor de la consulta; que el "*Pacte Nacional pel Dret a Deci-*

dir” agrupa más de 1600 entidades de todo color e ideología, etcétera. Es imposible predecir en qué forma política cristalizará este magma, pero hoy por hoy identificar sentimiento nacionalista con burguesía es desconocer el vínculo estrecho entre izquierda independentista, luchas sociales y anticapitalismo.

b. Sobre el nacionalismo y el diálogo

Otro falso estereotipo es la afirmación de que la exclusión o la dominación, son consustanciales a todo nacionalismo. Lévy Strauss en *Raza e Historia* —el texto encargado por la ONU para sentar las bases de lo que debería ser una sociedad multicultural después del horror nazi— decía que toda cultura debe ser a la vez abierta y cerrada. Abierta porque es necesariamente el resultado de un diálogo con las otras culturas en contacto, pero alertaba que la defensa de las minorías corre el riesgo de provocar grupos cerrados sobre sí mismos, endogámicos. A la vez decía que toda cultura debe ser cerrada para preservar el tesoro irrenunciable de su identidad, pero alertaba del riesgo de “esencializar” o sacralizar los rasgos característicos propios, posible punto de partida de un sentimiento etnicista.

Hasta hace poco se ponía a Catalunya como modelo de sociedad abierta e integradora. En sólo veinte años, del 1955 al 1975, acogió a casi tres millones de inmigrantes del resto de España, doblando su población. Fue un enorme reto para ambas comunidades y se produjo pacíficamente, sin ningún conflicto. Y el milagro se hizo sin alardes, simplemente con los brazos abiertos. Candel, uno de los grandes impul-

sores del diálogo cultural, no se cansó de proclamar que todos los catalanes somos mestizos.

Los nacionalismos son como la condición humana: capaz de lo más terrible y de lo más sublime. Hay nacionalismos de dominación y hay nacionalismos de liberación. Como la religión. Nada hay tan parecido al fundamentalismo nacionalista como el fundamentalismo religioso. Debemos aceptar que no todo nacionalismo es malo, como no toda religión es alienante, ni todos los comunismos son gulags, ni todos los políticos son iguales. Para explicar la realidad social los “todos” no sirven, “qui nimis probat nihil probat”. En el siglo xx un nacionalismo hipertrofiado y supremacista trajo el peor horror abocando a la civilización hacia la muerte. Pero también ha habido nacionalismos de liberación. No es lo mismo Somoza que Sandino, ni Batista que el Che. Los nacionalismos de Gandhi, de José Martí, el del pueblo saharauí o la defensa de las identidades indígenas de Guatemala o Bolivia son procesos de liberación nacional y étnica. Por desgracia, sin darnos cuenta, en ocasiones damos a las luchas por la identidad lejanas una categoría que no reconocemos a luchas parecidas si están cerca.

c. Sobre la no-contradicción entre lo global y lo particular

Con la globalización cultural y del mercado han rebrotado con fuerza las identidades locales y expresiones étnicas particulares. Es lógico. Desde fuera, la pregunta siempre es “¿ahora que estamos en Europa queréis fronteras?”. No se trata de eso. Se trata de un mecanismo de defensa de las propias

raíces ante el peligro de anonimato y del cocacolonismo universal. Mi conciencia local y mi conciencia universal se alimentan mutuamente, no están en contradicción: somos seres humanos de sentimientos, tenemos lengua y paisaje y crecemos con ellos. El amor que profeso a mi familia, a mi lengua, a mi territorio y a mis antepasados, me ayuda a comprender el amor de los demás a su familia, a su lengua, a su territorio y a sus antepasados, por lejanos que estén. Nos facilita sentirnos "ciudadanos del mundo".

Además los hechos lo confirman: en Catalunya el movimiento independentista desde siempre está profundamente vinculado al internacionalismo y al principio de solidaridad entre todos los pueblos. Solidaridad con los de fuera y solidaridad con los del resto de España, víctimas también ellos del mismo nacionalismo españolista del que se reclaman las élites. Por eso el conflicto entre Catalunya y España nunca será conflicto entre pueblos. Por desgracia la demagogia y la irresponsabilidad de algunos líderes políticos, que practican ya el separatismo y la xenofobia, con todos los resortes del poder político y mediático, han manipulado sentimientos fomentando el enfrentamiento entre pueblos.

d. El fundamentalismo nacionalista

El peligro de sectarismo y endogamia existe, está siempre al acecho. Todos los pueblos pretenden reescribir su pasado en función de los intereses del presente porque "la historia es una arma cargada de futuro" como decía Moreno Fraguinals. Al final se constata la dificultad de compaginar la explicación

crítica de los hechos con la mitología creada por los que escriben la historia patriótica.

La división política actual en estados, su configuración, las distinciones entre Nación y Estado, los conceptos de "nacionalismo", "cultura", "etnia", "tradición", "patria", etcétera, son relativamente recientes y en parte tienen sus orígenes en el romanticismo político del s. XIX. Fue entonces cuando también en España comenzó la "interpretación" de la historia al servicio de la "Patria".

En Catalunya se elaboran las leyendas que servirán de alimento al nacionalismo esencialista. Y en España los tópicos de Don Pelayo, los Reyes Católicos, la conquista de América, la "martillo de herejes" frente al protestantismo, etcétera, y una concepción metafísica de la España única e indisoluble como un bien a defender por encima de cualquier otro interés, de clase, étnico, etcétera. Durante el franquismo el nacionalismo españolista de la "*Una, Grande y Libre*" se impuso con enormes medios económicos y políticos, en competencia con los nacionalismos periféricos. Y se libró la campaña contra estos nacionalismos periféricos acusándolos de ser proclives a posiciones totalitarias.

Posteriormente, periodistas, políticos, eclesiásticos y autodenominados intelectuales como Jiménez Losantos o Pío Moa en la COPE se pusieron al servicio de esta nueva "españolidad". Aparecía la nostalgia del nacionalcatolicismo, la identificación mística entre España y la fe católica que la Jerarquía de la iglesia impulsó y la consideración de la "unidad de España" como un bien

moral. Rouco y Cañizares hacen suya una mitología cutre, desde la idea de la unidad de España consolidada en el III Concilio de Toledo con Leovigildo en el año 589 (!), el encuentro de Santiago con la Virgen del Pilar en Zaragoza, la propuesta de beatificación de Isabel la Católica hacedora de la unidad de España por la expulsión de judíos y moriscos, hasta la bondad de la incorporación de la Corona de Aragón y del sometimiento por la fuerza de Catalunya. Cañizares llegó a decir que la unidad de España está contenida en la Biblia, en las cartas de San Pablo.

e. Por una lectura laica del pasado

Sólo una lectura laica y crítica de la historia puede evitar los fundamentalismos y establecer diálogo. Pero por desgracia el nacionalismo españolista o la voluntad de "españolizar" la historia y convertirla en un instrumento de adoctrinamiento no ha dejado de estar presente.

Nada hay tan enemigo de la laicidad como el nacionalismo que sacraliza la nación y exalta los "valores calientes" de que hablaba Norberto Bobbio, en contraposición al "valor frío" del Estado. Nadie se enamora de un Estado, pero hace falta el Estado para que podamos exaltarnos tranquilamente por lo que queramos y para que nuestra libertad empiece donde termina la del otro. Por eso temo el aumento del nacionalismo esencialista catalán o la tendencia a enfatizar una identidad casi ontológica de Catalunya y en cambio celebro las declaraciones de los dirigentes de ERC, de la CUP y de tantos otros que caracterizan su independentismo como "político", por razones de funcionamiento social.

Es ejemplar en este sentido el documento de los obispos de Catalunya de 1985, "*Les arrels cristianes de Catalunya*" acerca del nacionalismo en general y del nacionalismo catalán en particular. Seguía la línea del discurso de Juan Pablo II en la UNESCO, aplicaba el concepto de derechos humanos individuales a los colectivos, valoraba como elementos mercedores de respeto la libertad y la cultura y mantenía viva la diferencia entre nación y estado. Los documentos posteriores de los obispos de Catalunya han seguido la misma orientación, habitualmente en contradicción con las actitudes y documentos de la Conferencia Episcopal Española.

2.2. El derecho a decidir y el pacto de la transición

¿Por qué se teme tanto la consulta? ¿cómo puede prohibirse un tan elemental derecho democrático? ¿por el posible resultado? ¿porque abre la puerta a otras consultas?

La consulta, en definitiva, supone la ruptura del pacto de la transición, es el reconocimiento que aquel modelo está agotado, que vivimos el final de la etapa que comenzó en 1978. Los pilares sobre los que se construyó la transición se están viniendo abajo y son profundamente cuestionados por la sociedad: el modelo de estado (monarquía), la unidad de España y el modelo territorial (art. 2 y título VIII de la constitución); el modelo de partidos (poca representatividad, financiamiento, corrupción); pactos con la iglesia (contrarios al propio texto constitucional); imposición del silencio sobre los crímenes de la guerra y del franquis-

mo; la falta de independencia del poder judicial, etcétera.

El descontento y vacío que dejan los grandes partidos al no dar respuesta a estas demandas lo llenan las nuevas expresiones surgidas desde el malestar de la sociedad civil, especialmente, aunque no sólo, "Podemos" y en Catalunya el "proceso soberanista". Suponen sólo la profundización de la democracia, pero están diciendo que este modelo de democracia de cuarenta años y sus gestores está amortizado, ponen patas arriba todo el proceso de la transición. Porque por extensión es el derecho a decidir sobre todo: sobre el modelo de estado, sobre las extracciones petrolíferas en Canarias, sobre el control financiero, sobre el rescate de la banca, sobre la deuda, sobre fiscalidad, sobre la reforma laboral y la negociación colectiva, sobre los desahucios, sobre las privatizaciones, sobre la judicatura, sobre el modelo educativo, etcétera.

3. El imprevisible futuro y una petición

Cualquier futuro imaginable debe partir del reconocimiento del hecho nacional catalán, que Cataluña es una nación con sus bases económicas, sociales, históricas, jurídicas, lingüísticas y culturales y sobre todo con voluntad de existir como tal a partir de una concepción política y social del hecho nacional, no de una concepción étnica o identitaria. Pero no es posible seguir estancados y manifestándonos en la calle hasta el infinito. ¿Cómo avanzar?

No es posible prever el pasado mañana. Hace un año nadie nos hubiera dicho que estaríamos aquí, con una so-

ciudad decidida a desobedecer. Nadie puede decir dónde estaremos dentro de un año. Habrá que empezar a decir que no hay ningún camino seguro, que ninguna fórmula es fórmula-milagro y que ninguna solución será solución-milagro. Ni la independencia tal y como se presenta a menudo como una arcadia-feliz –un estado de ciudadanos con todos los derechos–, ni la casi imposible solución federal –porque hoy no hay en España fuerzas con credibilidad suficiente que aposten por el federalismo–, ni un federalismo asimétrico, ni el confederalismo o la independencia con el propósito posterior de federarse, que el encaje con Europa puede no ser tan fácil como algunos informes prevén, etcétera.

En el interior de Catalunya hasta ahora ha habido un gran empeño en evitar el riesgo de la fragmentación social. Se es consciente de que este consenso social no sólo es el principal requisito político para avanzar sino, mucho más importante, el requisito imprescindible para la convivencia. Se trata de un tesoro que hay que preservar con mimo frente a tantos ingredientes que pueden hacerlo saltar por los aires: la dualización económica agudizada con la crisis, los recortes y las medidas tomadas por CiU; el origen no catalán de casi la mitad de su población; las provocaciones del gobierno, del PP y de tantos otros... y las prisas! Las prisas de algunos sectores situados en una especie de espejismo independentista. En este momento son más importantes los procesos de asimilación por todas las partes afectadas, de aquí y de fuera de aquí, los cambios en profundidad y

en las mentalidades, que son siempre lentos, que aventuras políticas que pueden ser fugaces.

Para terminar, quiero afirmar mi convencimiento que no es posible una solución para Catalunya sin alianzas con fuerzas y movimientos del resto de España. Máxime si el resultado de la consulta evidenció que hoy por hoy el movimiento soberanista no puede avanzar o dar pasos en solitario. Pero además, y sobre todo, porque para resolver la cuestión catalana hay que abordar de una vez los problemas que quedaron pendientes en la transición de 1978. Y

a la vez no será posible esta nueva transición sin que el conjunto de España busque una nueva relación de Catalunya con el resto, sin cerrarse a ninguna posibilidad.

Para que esto sea posible es necesario en el resto de España mirar con cercanía lo que aquí ocurre y superar la incompreensión intelectual de los hechos nacionales y los procesos históricos y la falta de voluntad política de ciertos sectores sociales, políticos e incluso de la iglesia de base, en relación a la identidad cultural como un hecho diferencial a respetar.